

## HISTORIA

# Las leyes del abandono

Balance sobre el estado de la ciencia española durante el siglo XVIII

## La tierra esquilmada

Luis Urteaga. Ediciones del Serbal y Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1987. 217 páginas. 3.600 pesetas.

## Los caballeros del punto fijo

Antonio Lafuente y Antonio Mazuecos. Ediciones del Serbal y CSIC, 1987. 256 páginas. 3.600 pesetas.

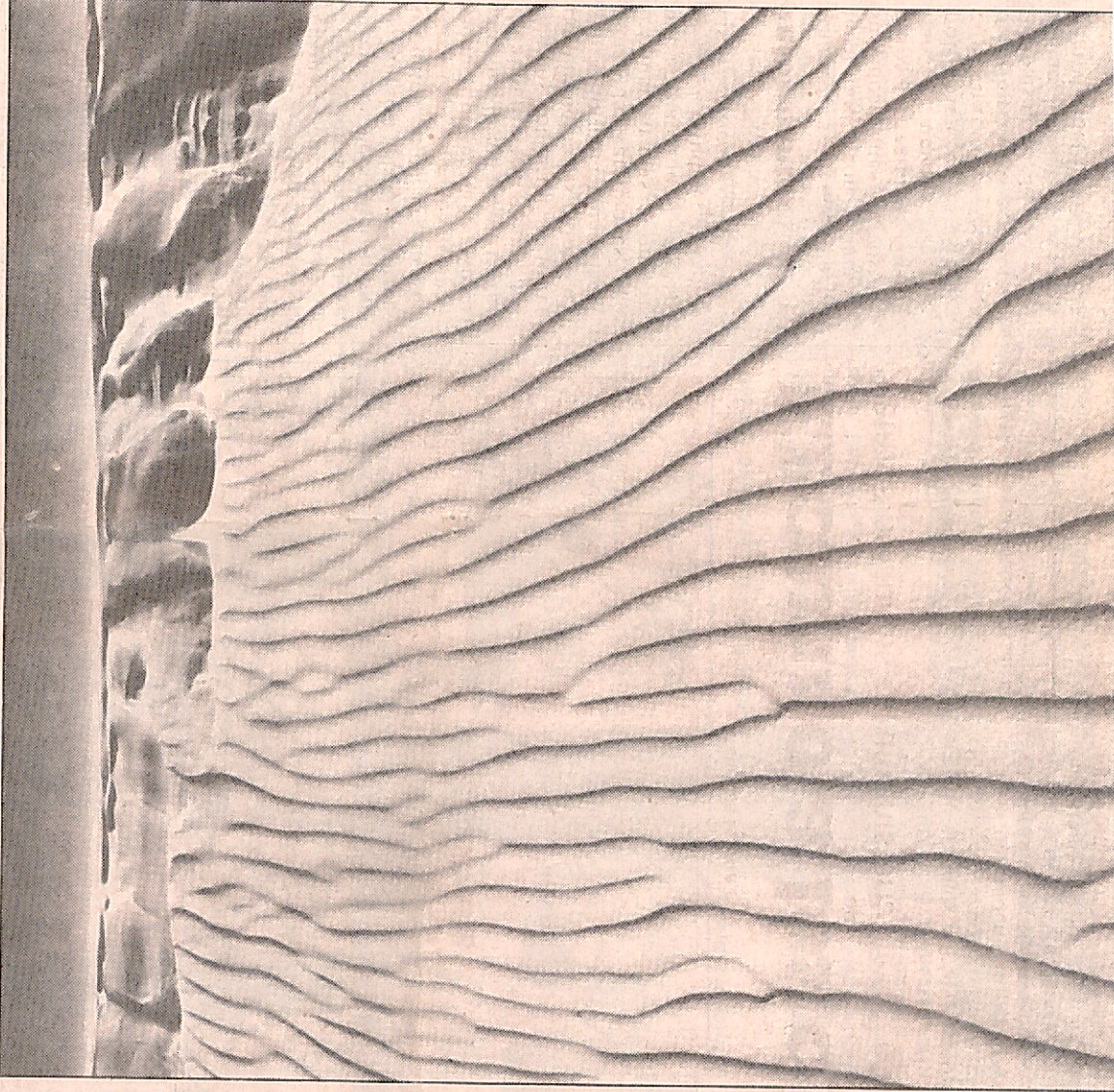
## La ilusión quebrada

Francisco Javier Puerto Sarmiento. Ediciones del Serbal y CSIC, 1988. 315 páginas. 3.900 pesetas.

PERE PUIGDOMENECH  
 ¿Ha existido alguna vez la ciencia en España? Ciertamente la ciencia española queda apartada del eje que de la Italia de Galileo a la Inglaterra de Newton constituye la ciencia del Renacimiento. Esporádicamente algún nombre español participa en los grandes temas de la ciencia del siglo XX. ¿Qué ocurrió en el gran siglo, en el siglo XVIII? Con ocasión del bicentenario de Carlos III, Ediciones del Serbal está llevando a cabo, conjuntamente con el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, la edición de una serie de libros sobre temas científicos de la España ilustrada. Tanto por la temática que tratan como por su cuidada presentación, los tres libros publicados hasta la fecha constituyen una lectura a menudo apasionante.

## Conservación

La tierra esquilmada lleva como



la, una de nuestras primeras *acciones integradas*, en las que, como a veces todavía ocurre, fueron los franceses los que llevaron la voz cantante. El libro describe el contexto histórico de la expedición, las mediciones efectuadas que fueron mucho más allá de la pura geodesia y los efectos que tuvo tanto sobre la comunidad científica española como sobre la incipiente comunidad ilustrada ecuatoriana.

## Tentativas

La *ilusión quebrada* nos describe una de las primeras tentativas de planificación de la investigación en España, en este caso aplicada a la botánica del siglo XVIII. Una de las frases de Linneo citadas en el libro que justifican tal acción nos puede hacer comprender el problema: "La flora española ninguna plantas nos ha dado a conocer, siendo así que en lugares fertilísimos de España hay algunas plantas que no se han descubierto. Es sensible dolor que en los lugares más cultivados de la Europa de nuestro tiempo se experimente tanta barbaridad en la botánica". Consecuencia de esta situación fue la creación del Jardín Botánico de Madrid y una red de correspondientes tanto en las Américas como en distintas partes de España. De esta forma se consiguió que al menos en botánica, ciencia no polémica ni en aquel tiempo, se reparara el tiempo perdido. En

servación de la naturaleza en la cultura española del siglo XVIII". De su lectura sorprende la actualidad de muchos de los temas objeto de discusión en la España ilustrada. En un tiempo en que se está a las puertas de la revolución industrial, se elevan voces acerca de los efectos de una excesiva pesca o de la necesidad de una reforestación de los montes. Esta reflexión se lleva a cabo ya sea desde una perspectiva de defensa de valores tradicionales frente a la euforia transformadora que caracteriza el Siglo de las Luces o ya sea desde la experiencia de los primeros ingenieros que se preocupan por los efectos de una sobreexplotación de las riquezas naturales. En cualquier caso se trata de una polémica que tiene un aire de modernidad evidente y que per-

mite reflexionar desde una perspectiva distinta a la actual.

*Los caballeros del punto fijo* presentan una expedición francoespañola realizada para determinar la curvatura de la Tierra en el Ecuador. Esta cuestión cen- traba una polémica entre newtonianos y cartesianos acerca de si

una de las predicciones de Newton según la cual la Tierra estaba achatada por los polos era cierta. La expedición, convertida a veces en verdadera aventura, trataba de medir la curvatura de la superficie de nuestro planeta en los alrededores de Quito. Se trataba de una expedición francoespañola-

© ANSEL ADAMS



# Mejora de fachadas

## Política y cultura en las luces españolas

*Historia de España. Volumen XXXI. La época de la Ilustración. El Estado y la cultura, 1759-1808*

Fundada por Ramón Menéndez Pidal, dirigida por José M. Jover. Espasa-Calpe, Madrid, 1987. XXIV más 1.087 páginas. 9.964 pesetas.

SANTOS JULIÁ

Rey beato y de pocos alcances, escribió en cierta ocasión de Carlos III quien habría de ser, en años turbulentos, su sucesor a la cabeza del Estado, Manuel Azaña. Pero el futuro presidente andaba sobrado de causticidad, y el rey no carecía de algunas otras cualidades. Entre ellas, la de ser, como el mismo Azaña decía, un sentimental. Beato, torpe y sentimental, Carlos III ha pasado también por rey indolente, en exceso inclinado a la caza y poco propenso a ocuparse de los graves asuntos de Estado. Pero no hay imagen que mil años dure, ni siquiera cuando de un rey se trata. Reconciliada hoy la inteligencia con la Corona, es seguro

que la percepción del pasado de la monarquía experimentará también algunos cambios significativos. Al cabo, la conciencia del pasado no es sino un trozo de la manera de ser en el presente.

El reinado de Carlos III constituye, con seguridad, el período ideal para esa revisión. Durante el siglo XVIII, y especialmente en su segunda mitad, la población del reino creció y estuvo mejor alimentada. Tiempo de expansión demográfica y de crecimiento económico, la segunda mitad del XVIII fue también época de estabilidad política y de cierto esplendor cultural.

De ese período se ha ocupado, por fin, la magna *Historia de España* fundada por Menéndez Pidal y dirigida hoy por José María Jover. Y lo ha hecho, si se acepta la casi inevitable segmentación de la realidad social impuesta por los historiadores franceses, empezando por arriba: cuando aún esperamos el anunciado volumen sobre las bases sociales y económicas del si-



Carlos III.

embargo, un pensamiento fuerte, un hilo conductor que defina la naturaleza del poder.

En los capítulos dedicados a temas culturales se procede también por acumulación de estudios monográficos sobre prensa, literatu-

ra, escultura, pintura, arquitectura, música, ciencia y pensamiento. Se configura así una visión de la cultura como estudio de productos elaborados por una minoría de científicos, artistas, literatos o filósofos. El volumen muestra con rotundidad que no fue parca la cosecha de esos productos en la segunda mitad del XVIII, lo que prueba bien el vigor y la originalidad de la Ilustración española.

Pero por cultura sería preciso entender algo más, especialmente si se trata de la edad moderna, cuando el pueblo comenzó a ser sujeto de la política. No aparece para nada, o acaso sólo se asoma tímidamente a los cafés y a las tertulias de Madrid, lo que se entiende hoy por historia cultural: estudio de las mentalidades y actitudes populares, las creencias y los ritos colectivos, las condiciones de la vida cotidiana, la familia, la casa, la fiesta, el lenguaje, lo simbólico e imaginario. La ausencia de estas cuestiones es más deplorable porque, como en alguna ocasión se apunta, tal vez sea en la distancia entre los contenidos de la cultura popular y los productos de las minorías donde haya que buscar la fragilidad radical de nuestra Ilustración.